

Stickler reporta en 1932 que «Los bancos de sangre en los Estados Unidos están organizados de tal forma que, cada vez que un enfermo recibe 500 cc. de sangre, sus parientes o amigos deben donar 1,000 cc. o pagar alrededor de \$50 por cada 500 cc. Este sistema garantiza reservas suficientes».⁽⁵³⁾

Sin embargo, el sistema norteamericano tiene sus fallas, pues recientemente se publicó un cable de Nueva York en el que se decía que el presidente del Consejo Municipal pedía urgentes medidas estatales y federales para el control de los bancos de sangre privados de su ciudad, por poner en peligro la vida de muchos enfermos.⁽¹⁴⁰⁾

La documentación científica al efecto fue amplia, como puede verse sobre métodos de transfusión en un trabajo de Unger.⁽⁵²⁾

En Inglaterra, hasta los momentos angustiosos del ataque nazi en 1940, después del colapso francés, no entra en acción el Servicio de Transfusión de Sangre del Ejército Británico, según la propia declaración de Mac Grudden, su Secretario.⁽⁶⁴⁾

LA TRANSFUSION EN CUBA

Los médicos cubanos, corporación científica que en todo tiempo se caracterizó por su espíritu amplio, admisor de todo progreso técnico y con una información profesional perfecta para cada época, no estuvieron ajenos a cuanto hacía referencia al uso de la sangre en transfusión, desde su inicio.

En las revistas médicas de esa época, 1881, constan las referencias a transfusiones en enajenados y en niños.⁽⁵⁸⁾

Sin embargo, de manera cierta se sabe que el primer médico que en Cuba practicó una transfusión de sangre fue el Dr. Claudio Delgado y Amestoy, colaborador del Dr. Carlos J. Finlay en el descubrimiento del agente transmisor de la fiebre amarilla. El número 32 de los *Cuadernos de Historia de Salud Pública* está dedicado a honrar en el cincuentenario de su muerte al Dr. Claudio Delgado, y es un completísimo trabajo del Dr. O. Martínez-Fortún y Foyo, donde reseña paso a paso la vida del Dr. Delgado como hombre, como sanitario y como científico.⁽⁵⁵⁾ Todos sus estudios los verificó en Cuba, donde llegó a los 14 años. El Dr. Delgado tuvo durante la época colonial cubana una descollada actuación, fue cofundador y primer secretario de la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana,

(11 de Octubre de 1879). Fue académico de la de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana y dirigió sus *Anales* desde 1887 a 1889, y más tarde se le exaltó como Académico de Mérito, en 1908.

El eminente bibliógrafo cubano, Carlos Manuel Trelles y Govín, en su trabajo sobre la contribución de los médicos cubanos a los progresos de la medicina, hace constar que fue el Dr. Delgado quien practicó la primera transfusión en Cuba, alrededor de 1885.⁽⁵⁶⁻⁵⁷⁾

De ese mismo año es la cita que el sabio Finlay hace a los trabajos del Dr. Delgado al proponerle para académico.⁽⁵⁹⁾

En la nota necrológica que el sabio oculista Dr. Juan Santos Fernández, presidente de la Academia, redactara a la muerte del Dr. Delgado, consta la prioridad suya en el empleo de la transfusión en Cuba.⁽⁶⁰⁾

Y para mayor abundamiento, los historiadores cubanos, merced a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, que periódicamente se reunían en congresos nacionales, idóneos al efecto de acordar puntos definitivos de nuestra historiografía, hicieron constar la prioridad del Dr. Claudio Delgado en el empleo de las transfusiones de sangre en el Primer Congreso, celebrado el año 1942 y en su Sección de Historia de la Medicina y Sanidad, donde se hace expresa constancia del hecho al «Declarar al Dr. Claudio Delgado y Amestoy introductor de las transfusiones de sangre».⁽⁶¹⁾

Hemos anotado las fuentes en que se consigna esta prioridad, a nuestro juicio indudable, porque no siempre fue aceptada. Veámoslo. En La Habana se publicaba un diario, «La Lucha», propiedad del famoso y millonario, Antonio San Miguel. En él se publicó: «La Transfusión de Sangre». Después de unas noticias sobre historia de este procedimiento terapéutico y consignación de sus fracasos y sus causas, describe la transfusión verificada a la Sra. María Valdés, con sangre de su hermano, asegurando que era la primera que se verificaba en Cuba y se decía: «Cabe la honra al Dr. Menocal de haber practicado esta operación por primera vez en este país, en un Sanatorio.» En el «Sanatorio Cuba» de la Calzada de Infanta. Describen a seguido la «terrible operación» de la disección de la femoral de José, el hermano de la enferma y la vena de la flexura del codo de María. El Dr. Raimundo Menocal unió ambos vasos durante 55 minutos.⁽⁶²⁾

En primera plana del número de «La Lucha» del día 18 del mismo mes, se amplía la información consignando que la enferma había muerto y que el sacrificio del hermano resultó estéril. Publica fotos de la casa de María en Punta Brava, de su hermano y de su madre con los huérfanos.⁽⁶³⁾

Y en la página 9 del mismo número inserta la siguiente carta y nota del Dr. Delgado en que, modestamente, habla de sus trabajos sobre transfusión, que debemos reproducir.

«La Habana, Martes 18 de Abril de 1911 Sr.

Director de «La Lucha»

Presente:

Muy estimado amigo mío: de su bondadosa atención espero otorgue benévola acogida al adjunto escrito, que no tiene otro objeto que el de rectificar un concepto erróneo, vertido en el artículo publicado en el día de ayer en ese, su acreditado periódico, bajo el rubro de «La Transfusión de Sangre».

Esperando ser complacido queda siempre suyo amigo affmo.

C. Delgado.»

«17 Abril 1911

Bajo el mismo epígrafe con que van encabezadas las presentes líneas, tuve el gusto de leer en «La Lucha», edición correspondiente al día 16 del corriente mes, un escrito en el que se relata el caso de «transfusión de sangre», recientemente efectuada en la Clínica del «Sanatorio Cuba» por nuestro distinguido cirujano Dr. Raimundo Menocal, con la pericia y habilidad que este profesor tiene bien acreditadas en todo género de operaciones quirúrgicas que emprende. Mas como en el citado escrito, que parece ser de redacción, se afirma equivocadamente ser esa la primera vez que en Cuba se practica tal operación creóme en el deber de rectificar tan erróneo concepto, más bien que por reivindicar para mí humilde persona la prioridad del empleo de ese recurso terapéutico en La Habana, para restablecer, y eso es más importante, la verdad histórica en cuanto al desarrollo de la ciencia médica en Cuba. Con tal propósito cabe exponer que se remonta al año 1878 (no puedo precisar la fecha)

la época en que hube de practicar yo en el Hospital de San Juan de Dios, «por primera vez en Cuba», la operación de transfundir la sangre a un individuo, empleando para ello la sangre de carnero. Tratábase de un sujeto atacado de rabia, enfermedad reputada entonces como indefectiblemente mortal, por cuya circunstancia los médicos que presenciaron el acto y me prestaron su concurso, entre ellos el inolvidable doctor Serafin Gallardo, creyeron que estaba sobradamente justificada la experimentación de ese medio curativo que, desde lejana fecha, venía empleándose en otras partes con variada fortuna.

A partir de allí tuve oportunidad después de realizar en diferentes ocasiones la misma operación, pero siempre con sangre humana, sirviéndome al efecto, casi siempre, del aparato transfusor de Collin, y alguna vez también de una sencilla jeringa de cristal que expresamente hice construir en Nueva York, con ciertos accesorios «ad-hoc».

Apelando a la memoria, único archivo de que dispongo en este momento, por haberseme extraviado ya las notas clínicas detalladas de cada caso, voy a citar ligeramente los casos de transfusión sanguínea que llevé a cabo con posterioridad a la época arriba señalada, y que fueron los siguientes:

Primero: Caso operado en el Hospital de San Juan de Dios, Sala del Dr. Ignacio Plasencia, quien me invitó a practicar esa intervención, si mal no recuerdo, en un atacado de grave hemofilia.

Segundo: Otro caso en el Hospital San Juan de Dios, Clínica del Dr. Raimundo Menocal, por cuya bondadosa indicación hice la transfusión a un individuo de la raza de color, mestizo, que por consecuencia de habersele saltado la ligadura de uno de los principales vasos arteriales del muslo, después de una amputación a que fue sometido, perdió mucha sangre antes de que fuese socorrido por el médico de guardia.

Este caso dio lugar a tales peripecias en el curso de la operación, que han quedado grabadas en mi mente con caracteres imborrables, y por lo mismo creo interesante extenderme en consignarlas aquí, ya que hasta el presente quedaron inéditas.

Lo doloroso que es siempre imponer al prójimo un sacrificio no exento de peligros hizome, en el caso de que se trata, pensar en el empleo de un suero artificial para inyectarlo en las venas del pa-

ciente. Pero he aquí que, en el preciso momento en que se calentaba el suero para comunicarle la temperatura adecuada, tenemos la desgracia de que se quiebra el termómetro sumergido en el líquido, derramándose en éste todo el mercurio contenido en la cubeta del instrumento e inutilizando así el suero que me disponía a inyectar.

Ante este percance inesperado hube de preguntar si entre los circunstantes, estudiantes de clínica que venían a presenciar la operación, había alguien que se prestase a dar su sangre para salvar a aquel infeliz paciente; y no bien apuntada mi demanda, tres generosos alumnos de medicina cuyos nombres quisiera recordar para rendirles en esta ocasión el tributo que merecen por su altruismo, se apresuraron a ser víctimas propiciatorias, ofrendando su sangre en favor de un ser mísero y desdichado.

El deseo de no abusar de los generosos sentimientos de aquellos abnegados jóvenes decidíome a tomar de cada uno de ellos sólo una porción de la cantidad total, que juzgaba necesaria para el éxito de mis empeños; pero sucedió que, en los momentos finales de la operación la vena incindida del tercer alumno, no daba sangre (sin duda por la falta de paralelismo en el corte de los tejidos), por lo cual, el más interesado moralmente en el éxito operatorio, que era sin duda el operador mismo, extendió su brazo izquierdo e invitó al doctor Menocal que presenciaba la operación para que le abriese una de las venas de la flexura del brazo, a fin de dar breve término a la transfusión interrumpida, como así lo hizo.

Tercero: Otra transfusión fue ejecutada en un enfermo particular, dependiente del almacén de Durañona, en la calle de los Oficios, quien atacado de fiebre amarilla, quedó materialmente exangüe por consecuencia de abundante hemorragia nasal. En esta ocasión fui ayudado por el Dr. Carlos J. Finlay con quien colaboraba yo a la sazón en los estudios de fiebre amarilla.

Cuarto: Un nuevo caso en otro atacado de fiebre amarilla, el secretario particular del Gobernador Civil. Dr. Rodríguez Batista, dió motivo a otra intervención análoga.

Quinto: Otro caso en un paciente también de fiebre amarilla, asistido por el Dr. Argumosa (hijo), quien solicitó mi consulta cuando ya anémico el enfermo presentaba indicios de uremia, decidimos someterlo a la transfusión, ya que se consideraba perdido

el caso. Y aquí debo consignar la circunstancia singular de que efectuada una vez la operación con sangre que dio un amigo del enfermo, y animados secundarla por los efectos favorables que creíamos ver, no hubo término de conseguir que otro alguno prestase su sangre incluso un hermano del paciente, hombre joven y bien constuido que quizás hubiese contribuido a salvarlo.

Sexto: Corresponde señalar aquí, como caso notable, el de la señora María Albertini de Casuso, primera esposa de nuestro distinguido compañero el Dr. Gabriel Casuso, cuyo testimonio ha de ser de los mas valiosos.

Causa de la intervención, un estado gravísimo de depauperación orgánica que se resistía a todos los tratamientos y cuidados que se le prodigaban consecutivos al puerperio.

En este caso tuve la dicha de ser el operador, transfundiendo a la vez mi sangre plebeya en las venas de aquella noble dama, que restablecida, creemos que a virtud de la operación, tenía a gala el decir que portaba sangre vascongada en su cuerpo.

Todavía acude a mi mente el recuerdo de otra respetable señora, la esposa del Dr. Alberto S. de Bustamante, por cuya deferente solicitud, acudí a prestar mis pobres auxilios, ya «in extremis» a aquella señora que por causa análoga a la del caso precedente, si la memoria no me es infiel, hube de practicar sin éxito la transfusión.

Estos son los datos que recuerdo de transfusiones de sangre realizadas por mí y tengo idea o vaga reminiscencia de que imitando esta practica una o dos veces se hicieron también transfusiones por médicos militares en el Hospital de San Ambrosio.

Bien que algunos de los casos que llevo expuestos tuvieron ciertas notariidad entre el cuerpo médico, no es de extrañar que sean desconocidos para muchos de los de la presente generación, por cuanto nunca salieron de la oscuridad a que voluntariamente fueron relegados por mí estimándolos como hechos de escaso relieve para ser merecedores de publicidad.

Y repito que he salido ahora a la palestra, estimulado por la única finalidad de restablecer entre nosotros la verdad histórica de nuestro desenvolvimiento científico desde la época colonial.

Claudio Delgado».

De esta forma sencilla aquel eminente médico e investigador alude a sus siete intervenciones como transfusionista, entre ellas a su primera que lo fue a su vez de Cuba.⁽⁶⁴⁾

Item más. El Dr. Delgado no consigna otro caso suyo, la transfusión que le practicó al Dr. Gabriel Casuso, por indicación del Dr. Julio San Martín, publicada en 1895.⁽¹⁷⁵⁾

CONSOLIDACION DEL METODO EN CUBA

Pasarán los años y en Cuba se experimentarán en el ánimo de los médicos las dudas sobre la inocuidad o el peligro de la transfusión de sangre cuando se practica correctamente, como también ocurrió fuera de Cuba.

Se hallarán las normales cubanas de los conteos globulares de sangre por Emilio y Alfredo Martínez y Leonel Plasencia Montes.⁽⁶⁵⁾ El Laboratorio Clínico, se inicia en nuestro país por el Dr. Juan Santos y Fernández, fundador y director de la revista *Crónica Médica Quirúrgica*, por lo que su primer laboratorio histobacteriológico de Cuba y primer Instituto de Vacunación Antirrábica de América, se conoció por el nombre de *Laboratorio de la Crónica*, inaugurado el 10 de Marzo de 1887 y que fue en donde se comenzaron los estudios de sangre.⁽⁶⁶⁾ Con posterioridad y con fines de auxiliar al médico práctico en su trabajo clínico, los hermanos Drs. Martínez y el Dr. Plasencia, ya citados, crean el primer laboratorio clínico en Cuba que llevó sus nombres.⁽⁶⁷⁾ A la muerte del Dr. Alfredo Martínez su hermano Emilio asumió la dirección del laboratorio que abandonaría, en 1908, para dedicarse a la especialidad donde tanto brilló, la otorrinolaringología, quedando el laboratorio bajo la regencia del Dr. Leonel Plasencia Montes, hasta su muerte.

Con estos avances técnicos, el uso de la transfusión sanguínea siguió incrementándose en nuestro país.

Pero todavía adquiría de vez en cuando caracteres dramáticos, como en la que fue noticia en primera plana de los periódicos, que señalamos ya y bien por los fracasos, bien por dificultades de hallar donantes u otras causas, la transfusión se olvida durante algún tiempo. El Dr. Francisco Leza, Jefe del Laboratorio Clínico del antiguo Hospital Mercedes, señala en 1918, que la transfusión se había olvidado hasta hacía cuatro años (La Guerra Mundial I, como